

Introducción

“El tren se puso en movimiento hacia Gottmadingen, la estación fronteriza alemana, eran las tres y diez. Y el mundo cambió brutalmente de horario. Durante la Guerra Mundial se habían disparado millones de obuses destructivos. Los ingenieros seguían inventando armas cada vez más pesadas, más potentes, más devastadoras. Pero ningún obús fue más devastador ni más decisivo que aquel tren, cargado con los revolucionarios más peligrosos y más decididos de este siglo, aquel tren que desde la frontera suiza volaba en ese momento cruzando toda Alemania hacia Petrogrado y se aprestaba a dinamitar el orden de la época”¹.

En estos enfebrecidos términos recuerda Stefan Zweig el día de abril de 1917 en el que Lenin, acompañado de 28 militantes exiliados rusos, de los que 19 eran bolcheviques, y de 4 niños, dejó Suiza para regresar a Rusia, barrida por una revolución que un mes antes había derribado al zar Nicolás II. En efecto, su llegada a Petrogrado trastornó el curso de la historia. Él mismo lo declaró a la multitud que fue a recibirle: la revolución rusa, que acaba de vivir su primera fase, es el preludio de la revolución socialista mundial que es necesario preparar. Está en juego verdaderamente el orden, o más bien el desorden de la época. Churchill, atormentado por el miedo a que el bolchevismo asolase a la propia Inglaterra tras la guerra, asemejaba más brutalmente el retorno de Lenin a su país natal a una lluvia de bacilos que destruía Rusia y amenazaba de contagio al resto del mundo. El menchevique Valentinov escribió más prosaicamente: *“La persona de Lenin se destaca como la silueta gigante del iniciador de un nuevo período de la historia”*². El historiador británico Robert Payne, parodiando el Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels, abre su muy crítica biografía redactada en 1964 con estas líneas aladas: *“Un fantasma recorre el planeta, el fantasma de Lenin [...] el rastro que ha dejado en la historia del mundo es infinitamente más perceptible, pongamos, que el dejado por Alejandro de Macedonia, Tamerlán o Napoleón, pues él solo cambió el curso de la historia.”*³

1.- Stephan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad*, Acanalado, 2002. Citado por N. Platten, Grani, nº 77, 1970, p. 104.

2.- N. Valentinov, *Mes rencontres avec Lénine*, Paris, 1964, p. 34.

3.- R. Payne, *Vida y muerte de Lenin*, Barcelona 1965. Edición rusa, Moscú 2002, p. 9.

Este cambio de rumbo se le imputa actualmente como un crimen. En una entrevista concedida a *l'Actu*, periódico de actualidad para lectores de 14-18 años, distribuido gratuitamente a los escolares, Hélène Carrère d'Encausse, respondiendo a la pregunta: “¿Tuvo aspectos positivos la acción de Lenin?” declara: “Por más que busque, no. 100 millones de personas han muerto a causa del comunismo. Este genio maléfico es uno de los mayores criminales del siglo. – ¿Es comparable a Hitler? – No, Hitler era un imbécil. Lenin, era prodigiosamente inteligente.” Para ella, ésta parece ser la única diferencia. Además, la académica precisa, en una fabulosa simplificación: “Estaba financiado por Alemania, donde había nacido el marxismo”.⁴

En el mismo tono, el historiador norteamericano Richard Pipes, que fue miembro del Consejo de Seguridad de Ronald Reagan, afirma: “Lenin odiaba lo que englobaba bajo el término de ‘burguesía’ con una pasión destructiva que estaba a la altura del odio que Hitler sentía hacia los judíos: sólo la aniquilación física de esta clase podía satisfacerle”.⁵

La introducción al *Libro Negro del Comunismo* retoma esta idea de Pipes atribuyendo a la acción de Lenin una “dimensión genocida”, en la que “el genocidio de clase” se equipara al “genocidio de raza”.⁶ Pero Lenin repitió muchas veces su voluntad, afirmada el 9 de julio de 1919, de “luchar implacablemente contra la idea presuntuosa [...] de que los trabajadores son también capaces de vencer al capitalismo y al orden burgués sin aprender nada de los especialistas burgueses, (es decir los oficiales, médicos, ingenieros, sabios etc.) sin utilizarlos, sin pasar por una larga escuela de trabajo a su lado”.⁷ En una guerra civil de violencia inusitada en la que las palabras, como los actos, son hiperbólicos, la única verdadera declaración genocida de la época fue la del general blanco Kornílov: “Aunque tengamos que quemar la mitad de Rusia y matar a las tres cuartas partes de su población para salvarla, lo haremos.”⁸ Esta lapidaria frase del general que prohibía a sus subordinados hacer prisioneros define las circunstancias en que actuaron las fuerzas en juego, en particular los bolcheviques y Lenin.

En *Lenin*, Hélène Carrère d'Encausse, aunque habla de “un verdadero genocidio de la sociedad campesina”, matiza más que en sus palabras destinadas a la juventud escolarizada: “Lenin fue un prodigioso táctico y un genio político, dotado de una ‘visión mundial’ [...], amplió su pensamiento hasta una dimensión realmente internacional, y no sólo europea: en la estrategia que elaboró para las naciones y las colonias, tomó ya en cuenta la conciencia espontánea de las masas nacionales o coloniales [...]; toda su vida le inspiró una férrea voluntad de occidentalización” y trastocó las relaciones internacionales con su decreto sobre la paz del 26 de octubre de 1917: “al lanzar su llamamiento, Lenin recusó a la sociedad internacional tradicional basada en gobiernos, en relaciones entre Estados [...], se dirigió a una sociedad internacional de un nuevo tipo cuyos actores son los pueblos”. Y la historiadora concluye: “Lenin es un inventor político excepcional, el único de este siglo”.⁹

4.- *Actu*, 14-18, 17 de septiembre de 1998.

5.- R. Pipes, *La Revolución Rusa*. Ed. francesa, París, 1993, p. 673.

6.- *El libro negro del comunismo*, Planeta, 1998.

7.- Lenin, *Obras completas (OC)*, tomo 39, p. 57 de la edición rusa. Todas las citas de estas obras completas se refieren a esa edición.

8.- O. Figes, *A People's Tragedy*, Londres, 1997, p. 561.

9.- Hélène Carrère d'Encausse, *Lenin*, Ed. Espasa, Forum, Madrid 1999. Ed. Francesa, París, 1998, pp. 37-71, 426, 617-18 y 623.

Una cierta distancia separa, pues, las conclusiones del ensayo político y las fórmulas simplistas destinadas a los colegiales, momentos de una demonización de Lenin que conoce su apogeo actualmente en la propia Rusia.

Durante mucho tiempo, la nomenclatura convirtió a Lenin en su ídolo oficial. Letanías interminables celebraban su genio y escultores robotizados fabricaban en cadena sempiternas estatuas de un Lenin sin cara y sin edad. Después, transformada en mafiosa, consiguió transformar sus privilegios en propiedad privada y, en el mismo proceso, echó por la borda a Lenin, transformado en sangriento demonio por sus adoradores oficiales de la víspera.

Así, un tal Latishev, autor durante treinta años de opúsculos “marxistas-leninistas”, publicó en 1996 en Moscú un *Lenin desvelado*. Este hombre fue sucesivamente primer secretario del comité local de las Juventudes Comunistas de Dniepropetrovsk, después segundo secretario del comité regional de las Juventudes Comunistas de la región, y finalmente profesor, durante un cuarto de siglo, en la Escuela Superior del Partido de Moscú y en el Instituto Superior Político-Social del Comité Central. Tocado, como toda la nomenclatura, por la gracia de la economía de mercado, descubrió repentinamente que su ídolo de ayer no era más que un monstruo: “*Lenin, desde el principio de la revolución de octubre, planificó el exterminio de la mitad de la población de Rusia —o sea ¡más de 70 millones de individuos!—, aniquiló capas enteras de la sociedad rusa: los empresarios y los campesinos acomodados, la intelectualidad y los servidores del culto.*”¹⁰ Solzhenitzin no dijo nada muy distinto cuando escribió: “*Lenin había orientado su estrategia contra el pueblo ruso, que consideraba como el principal obstáculo para la victoria del comunismo*”¹¹, Lenin, es Terminator.

Estas anatemas reposan en una concepción de la historia que George Bush junior formula sin florituras pseudohistóricas cuando reduce la historia del mundo al enfrentamiento entre el campo del bien y el del mal, entre los buenos y los malos, como en los cuentos para niños. Por lo demás, el último biógrafo ruso, Dimitri Volkogónov, ex jefe adjunto de la dirección política de las fuerzas armadas soviéticas, y eterno plumífero de Estado, presenta a Lenin como la reencarnación... del Anticristo. “*Si el santo príncipe Vladimir de Kiev, haciendo bautizar a Rusia, la hizo cristiana, Vladimir Uliánov desencadenó en su espacio al Anticristo.*”¹² El historiador nomenclaturista ha encontrado esta definición en el escritor religioso Dimitri Mereshkovski, que escribía en 1920: “*los bolcheviques son los hijos del diablo. Lenin es una gran nulidad [...] un gran castrado [...]. El espíritu del mal se encarnó en él [...] el nombre del ‘gran’ Lenin quedará en la memoria de la humanidad al lado de los de Atila, Nerón, Calígula e incluso de Judas el traidor*”¹³.

Volkogónov no se contenta con esas pobres imprecaciones copiadas de los profetas bíblicos. Basa su aversión por Lenin, nacida al día siguiente de la caída de la URSS, en un postulado ideológico: “*¿El fin del capitalismo? Nadie se toma ya eso en serio*”¹⁴. El

10.- A. Latishev, *Lenin Rassekretcheni*, Moscú, 1996, p. 22.

11.- A. Solzhenitsin, en *Deux siècles ensemble*, t. 2, París, 2003, p. 294

12.- D. Volkogónov, *Lenin*, ed. rusa, Moscú, 1994, t. II, p. 129.

13.- D. Merezkovski, en *Znamia*, 2002, nº 9, p. 230.

14.- D. Volkogónov, *El verdadero Lenin*, Anaya — Mario Muchnik. Ed. francesa, París 1994, p. 129.

capitalismo es el horizonte último de la historia. Martin Malia, autor de *La tragedia soviética*, examina la historia de la URSS y de Lenin a partir de ese postulado presentado como una evidencia: “en el mundo real, no existe más que el capitalismo salvaje y formas de capitalismo atemperado por regulaciones económicas y por sistemas de seguridad social que llamamos Estado del Bienestar”¹⁵, que por lo demás está siendo desmantelado en todas partes. Según eso, Lenin intentó en vano violentar la historia para imponer a Rusia y al mundo la inviable propiedad colectiva de los medios de producción. De ahí a la caricatura hay sólo un paso. Así *Le Monde* del 8 de julio de 2003, recordando un decreto de nacionalización del Palacio de Invierno, titula el artículo: “*Robado por Lenin*”. Proudhon afirmaba: “*La propiedad es el robo*”, ahora el robo es la nacionalización.

Ese anatema no va contra la persona de Lenin, sino contra la concepción del mundo que él encarna. Michel Rocard lo dijo, sin pronunciar su nombre, al evocar el congreso socialista internacional de 1903 “en el que se produjo la victoria de Kautsky sobre el reformista Bernstein; el precio fue el Gulag y 50 millones de muertos”¹⁶. El crimen del socialdemócrata alemán Kautsky, maestro de Lenin, fue afirmar que la lucha de clases no se extingue, como pretendía su compañero Eduard Bernstein, y que el socialismo exige la conquista del poder político por la clase obrera. Ahí estaría el origen del Gulag y de las víctimas del “comunismo”, que Kautsky denunció sin borrar con ello este pecado original.

De la violación de la historia al bandolerismo no hay más que un paso. El publicista ruso Vitali Shentalinski, recordando al bandido Koshelkov que detuvo el coche de Lenin, lo desvalijó, y después partió con su vehículo, comenta: “*El encuentro de Koshelkov y Lenin fue un encuentro de dos padrinos, de dos ‘amos de la ciudad’, y por decirlo todo, de dos salteadores de caminos [...]. Los bolcheviques tomaron el poder con métodos de bandidos y lo reforzaron con la sangre y la violencia pisoteando las leyes elementales de la moral y del derecho. Bajo este prisma, Koshelkov aparece sólo como una pálida imagen, banal y cotidiana, del terrorismo rojo*”¹⁷. Shentalinski tiene émulos. Cuando en un juego televisado en Moscú le preguntan a un niño de seis años “¿Qué es la traición? ¿Cómo la entiendes tú? ¿Cita algún ejemplo!”, el chaval, bien educado, responde “¿Lenin! Es el mayor traidor de todos los tiempos y de todos los pueblos”. El historiador ruso Daniil Al, superviviente del Gulag, que cita este hecho, añade: “*Actualmente se falsifica la historia todavía más que bajo Stalin*”¹⁸.

Esta negra imagen de Lenin es el reverso del clisé ingenuo difundido por medio siglo de hagiografía. Tras su muerte, sus sucesores inventaron un “leninismo”, transformado pronto en “marxismo-leninismo”, que era un catecismo y luego fue máscara de la casta dirigente soviética y de su realidad social. La hagiografía estalinista transformó a Lenin en momia canonizada, y redujo su pensamiento a un catálogo de citas piadosas. La figura de Lenin, embalsamado, quedó sometida al control del Buró Político, que desgranaba o descartaba la publicación de sus escritos, cuidadosamente enmendados,

15.- *L'Histoire*, nº 223, p. 103.

16.- *Le Journal du Dimanche*, 20 de abril de 2003, p. 6.

17.- V. Shentalinski, *Les surprises de la Loubianka*, París, 1996, p. 10

18.- D. Al, *Neva* 2001, nº 1, p. 137. *Cahiers du mouvement ouvrier* 2001, nº 14, p. 57.

al hilo de sus necesidades. En efecto, su momificación fue acompañada de una severa censura; bajo Stalin sus *Obras Completas* constituían un conjunto de 35 volúmenes, cuando la edición de la época de Jruschov, todavía incompleta, tiene 55. Su publicación estuvo siempre subordinada a necesidades políticas coyunturales. El presidente del Instituto del Marxismo Leninismo, Gueorgui Smirnov, lo subrayaba horrorizado en una carta del 14 de diciembre de 1991 sobre la sexta edición prevista (y no nata) de las *Obras Completas*. Existen en total, decía, 30.820 documentos de Lenin, de los que 24.096 han sido publicados. De los 6.724 restantes, sólo 3.724 provienen del propio Lenin y se dividen en dos categorías: los documentos de carácter teórico e ideológico a publicar sin restricción (¿por qué entonces habían sido escamoteados hasta ese momento?), y documentos políticos, algunos de los cuales tienen un contenido que *“puede ser interpretado como incitación a acciones violentas contra estados soberanos: la India, Corea, Afganistán, Inglaterra, Persia, Turquía, Grecia, etc.”*, en realidad, una relación de entregas de dinero, o de armas proporcionadas a los revolucionarios de esos países. Añadamos que hace falta mucha desvergüenza (o ignorancia) para calificar como estados soberanos, en aquella época, a la India colonial británica, la Persia bajo control británico, el Afganistán en guerra en 1919 contra Londres por su independencia y Corea bajo la férula del Japón... Smirnov añade: *“otros documentos revelan métodos secretos de trabajo de los organismos estatales de la República Soviética”* y *“las tentativas de soviétización de Lituania, Hungría, República Checa, Rumania; la lucha contra el separatismo mediante ejecuciones en Carelia, etc.”*. Finalmente dice: algunos implican una política de terror y de represión. Smirnov juzga *“inoportuno publicar en el momento presente tales documentos”*¹⁹, capaces de turbar el cordial entendimiento entre Gorbachov y los jefes de estado occidentales. Ignora que una parte de esos documentos, contenidos en los archivos de Trotsky, han sido publicados en 1964 y 1971, en ruso y en inglés en los dos gruesos volúmenes de los *Trotsky's Papers* sin suscitar el sobresalto que él temía. Así bajo la “glasnost”, como antes, la publicación de escritos de Lenin está sometida a la coyuntura política.

El aparato no organizó solo esta mutación. Desde el día siguiente de la muerte de Lenin, Gorki le transformó en santo: *“para mí, Lenin es un héroe de leyenda, un hombre que ha arrancado de su pecho su ardiente corazón para elevarlo como una antorcha y alumbrar el camino de los hombres [...] gran hijo de este mundo maldito, hombre excelente que tenía necesidad de ofrecerse como víctima a la hostilidad y al odio para realizar una obra de amor y de belleza”*²⁰. Esta grotesca metáfora que nos muestra a Lenin sacrificándose como un nuevo Jesucristo, prepara su degradación en objeto de piedad. Lenin no sacrificó su vida, sino que optó en 1893 por consagrarla enteramente al objetivo que se fijó entonces: derrocar a la autocracia rusa, forjar un instrumento para llegar a ello y extender en seguida la revolución a Europa y al resto del mundo. Trotsky lo subrayó justamente: *“Persiguió incansablemente un único fin, cuya importancia le penetraba hasta tal punto que parecía encarnar él mismo este fin último y no distinguirlo de sí mismo”*²¹.

19.- Istoricheski Arjiv, 1992, pp. 216-217.

20.- L. Trotsky, *Lenin*. Ed. francesa, París, 1970, p. 184.

21.- *Ibid.*, p. 187.

El menchevique Fiodor Dan lo dijo con otras palabras: “no existe un solo hombre en el mundo, que, como él, se halle ocupado 24 horas diarias de la revolución, que no haya tenido otros pensamientos que los que se refieren a la revolución, que, incluso cuando dormía, no veía más que la revolución en sus sueños. ¿Cómo, pues, vencer a un hombre así!”²².

La biografía de Lenin está trufada de leyendas rosas o negras y de fabulaciones dudosas. Jamás un personaje histórico ha suscitado tantos falsos testimonios empeñados en modelar su imagen en recuerdos rotos o trucados en función de las exigencias del momento y en hacerle hablar desde ultratumba. Y así Gorki, en *Lenin y el campesino ruso*, editado en 1924, evoca una declaración de Lenin sobre Trotsky: “Mostradme a otro hombre capaz de organizar en un año un ejército casi ejemplar y de conquistar además la estima de los especialistas militares. Nosotros tenemos ese hombre. Nosotros tenemos todo”. Pasan los años. Trotsky es expulsado de la URSS en enero de 1929. Gorki reedita sus recuerdos en 1930... y Lenin cambia brutalmente de opinión después de muerto. Declara a Gorki entonces: “Trotsky no es de los nuestros. Está con nosotros, pero no es de los nuestros. Es ambicioso. Hay en él un algo de malvado, un tipo Lassalle...”²³, el ambicioso socialista alemán contemporáneo de Marx que se alió con Bismarck.

El dirigente de la CGT, Gaston Monmousseau, anarcosindicalista convertido en adorador de Stalin, ha dado cinco versiones diferentes de su encuentro con Lenin en octubre de 1922; no podemos jurar que detente el récord de citas de Lenin censuradas, retocadas, modificadas, floridas y embellecidas. Este tráfico es tanto más lamentable cuanto que no abundan las confidencias de Lenin, al que no le gustaba hablar de sí mismo.

La mayor parte de recuerdos de supuestos amigos o de enemigos declarados, se adaptan así a las conveniencias del momento y del lugar. Así, el ex bolchevique Solomon pone en boca de Lenin: “Yo escupo sobre Rusia [...] vamos a destruirlo todo y sobre las ruinas construiremos nuestro templo”²⁴. ¿Y por qué no la nueva Jerusalén? Este escupitajo inventado se torna cita de Lenin, a quien Solomon confiere objetivos contradictorios con todo lo que dijo, escribió e hizo. Se podría alargar hasta el infinito la lista de citas imaginarias, pero incesantemente repetidas, de Lenin. Entre la hagiografía pueril y el panfleto odioso, los recuerdos fiables se cuentan con los dedos de una sola mano.

El historiador norteamericano Adam B. Ulam, citando testimonios sobre el joven Lenin, subraya: “estas diversas observaciones nos ilustran más sobre el carácter de sus autores que sobre el de aquel hombre joven”²⁵. Esta indicación vale más aún para los recuerdos sobre el Lenin maduro. También Trotsky evoca a los numerosos “memorialistas y comentaristas que nos muestran, no tanto a Lenin en sus años de juventud, como a ellos mismos, ¡ay!, en el ocaso de sus días”²⁶. Según el menchevique Valentinov, autor de uno de los raros testimonios auténticos sobre Lenin, con quien me entrevisté en París poco antes de su muerte, uno de los vicios principales de los recuerdos escritos sobre Lenin

22.- M. Ulianova, *Vospominania o VI Lenine v piati tomaj*, t. I, Moscú, 1969, p. 184

23.- M. Gorki, *Lenin y el campesino ruso*, ed. francesa París, 1924, pp. 95-6, ed. 1930. Trotsky, *op.cit.*, p. 182.

24.- G. Solomon, *Sredi Krasnuj Vozhdiei*, Moscú, 1995, p. 9. Por otra parte, en realidad la frase que Solomon atribuye a Lenin se basa en una expresión idiomática que significa “me trae sin cuidado Rusia”, declaración que nadie confirma.

25.- A. B. Ulam, *Les bolcheviks*, París, 1973, p. 125.

26.- L. Trotsky, *Vida de Lenin*, Juventud. Ed. francesa, París, 1936, p. 126.

obedece a que “sus autores expresan su estado de ánimo, no en la época que describen sino mucho más tarde [...] los recuerdos se aderezan al gusto del presente y no del pasado”²⁷.

La apertura de los archivos ¿permite llenar los grandes vacíos del recuerdo? Todos los documentos inéditos importantes han sido publicados en Rusia en las revistas de archivos o de historia y en el volumen *Lenin desconocido*. Su aportación real, bastante pequeña, trata sobre cuestiones económicas, sobre el agente provocador Malinovski, sobre la Internacional Comunista, sobre el comunismo de guerra, sobre la enfermedad de Lenin, y sobre su política en relación con la Iglesia. A pesar del misterio creado en torno de sus “revelaciones”, la cosecha de Volkogónov, autor de *El verdadero Lenin según los archivos secretos soviéticos*, es tan magra que el autor, para enriquecerla, trufa sus dos volúmenes (sabiamente reducidos a uno solo en la edición francesa) de extractos de informes del Buró Político o del Comité Central bajo Stalin, Jruschov, Brezhnev y Gorbachov. Por su parte, los editores de la vieja colección rusa *La vida de los hombres notables*, han podido publicar en 2003 como biografía de Lenin la traducción rusa de una obra del inglés Robert Payne, editada en 1964, sin juzgar necesario actualizarla en nada.

En la Guerra Civil abierta o larvada, nacional e internacional, que asoló Rusia desde octubre de 1917 a 1923, algunas decisiones fueron necesariamente secretas. Pero Lenin no camufló sus decisiones bajo un disfraz ideológico moralizante. El historiador ruso Yuri Afanassiev afirma sin embargo: “los actuales herederos de Lenin, tanto los ‘oficiales’ [...] como los que han renegado de él [...] han asimilado perfectamente los principios maquiavélicos de su política. El principal es el de los dobles criterios: una parte de las consignas y de los programas es para uso interno, otra para uso externo”²⁸. Pero en realidad Lenin, como regla general, anunciaba lo que hacía: si pensaba que era necesario prohibir la prensa de los partidos que combatían a la revolución, redactaba y publicaba un decreto que lo afirmaba; si consideraba necesario tomar como rehenes a miembros de familias de los oficiales zaristas reclutados para el Ejército Rojo como garantía de su lealtad, y si –como todos los beligerantes de la guerra de 1914 y de la guerra civil– creía indispensable internar a los adversarios en campamentos de prisioneros llamados ahora por todos campos de concentración, lo afirmaba mediante un decreto; si quería combatir el hundimiento industrial mediante el trabajo obligatorio impuesto a la fuerza, lo decía y lo cumplía; si quería requisar el trigo a los campesinos que se negaban a venderlo al precio oficial, lo decía y lo escribía; ante la carestía, declaró que repartía los escasos recursos, no en función del principio de la justicia o de la mayoría, sino con un sentido práctico, para salvar el poder. Lenin presentó sin tapujos todas esas decisiones políticas, públicas, en nombre de la necesidad, sin disfrazarlas como formas superiores de una moral eterna.

Por supuesto, en la guerra sin cuartel que libra, utiliza los recursos del secreto y de la propaganda. Trotsky lo subrayó en 1938: “La guerra es tan inconcebible sin mentiras como la máquina sin engrase”²⁹ y cada uno intenta confundir y engañar al adversario. Pero, a diferencia de Stalin, el secreto, la maniobra, la astucia no son en su caso más

27.- N. Valentinov, *op. cit.*, p. 35.

28.- Yuri Afanassiev, *De la Russie*, París, 2001, pp. 129-130.

29.- L. Trotsky, *Su moral y la nuestra*, POSI, Madrid, p. 25.

que medios derivados y secundarios de una política cuyos fundamentos definió incesantemente en sus artículos, folletos y libros públicos y sus múltiples cartas, la inmensa mayoría de las cuales han sido publicadas hace largo tiempo.

Desembarazada de caricaturas que niegan la realidad económica y social reduciendo la historia a la colisión de ideologías, pasiones, ambiciones o pulsiones individuales, cualquier biografía de Lenin choca con una última dificultad: Lenin subordinó todos los aspectos de su existencia al fin único de su vida. A partir de su exilio en 1900, su vida se confunde con el periódico que funda y su difusión, con la corriente bolchevique que constituye en 1903, con el partido que crea en 1912, con la Revolución de Octubre y, finalmente, con la dirección cotidiana del Estado y del partido en el poder. Pasó la mayor parte de sus quince años de emigración en las bibliotecas públicas y en su despacho, en conferencias y congresos. Después de octubre de 1917, pasó el tiempo fundamentalmente en su oficina del Smolni, después en el Kremlin, leyendo, escribiendo y dictando. Escribió en treinta años alrededor de 35.000 páginas. Es fuerte, por tanto, la tentación de reducir su biografía a sus escritos y a sus decisiones. Él siempre protegió su vida privada: sus relaciones con su madre y sus hermanas, su tristeza de no tener niños, su breve idilio con Inessa Armand, rápidamente roto por él mismo, sus gustos, sus amistades y sus enemistades, la rivalidad, utilizada por Stalin, entre su hermana María y su mujer Krúpskaia, las consecuencias de la degradación brutal de su salud desde el invierno de 1920. Resulta difícil, por tanto, no disolver la biografía en la historia.

Cualquier biografía busca, sin embargo, cribar estos aspectos de un individuo y comprobar qué peso tienen. Es una tarea ardua. En 1922, el jefe de la sección rusa de *Photo Cinema*, Piotr Voievodín, bolchevique desde 1903, redacta el largo guión de una gran película abortada sobre la vida de Lenin y a este fin, recapitula “lo humano de Lenin”: “sabemos que 1) le gustan los niños 2) y los gatos; 3) ríe a menudo; 4) tiene un plan y un modo de vida modestos; 5) juega bien al ajedrez; 6) le gusta montar en bicicleta”³⁰. Este escaso resultado no permite diseñar más que una vaga silueta. Zinóviev, durante mucho tiempo próximo a él, se dedicó en 1932 a hacer un retrato de Lenin... Cuando Stalin le liquidó en agosto de 1936 no había podido anotar más que algunas ideas y preguntas: cómo Lenin preparaba sus informes, redactaba una resolución, presidía las reuniones, escuchaba a un visitante, reaccionaba ante las derrotas, las victorias y las rupturas. No pudo ir mucho más lejos...

Cualquier biografía de Lenin que sea principalmente un estudio de su pensamiento y de su acción, se enfrenta a otra dificultad: a partir de octubre de 1917, Lenin fue, simultáneamente, jefe de Estado, jefe del partido, inspirador de la Internacional Comunista, agitador, propagandista, periodista. No escribió más que discursos, llamamientos, panfletos, folletos, artículos donde abundan las fórmulas circunstanciales ligadas a una necesidad inmediata, abusivamente transformadas inmediatamente en aforismos. Así, al día siguiente de la toma del poder repitió: “Cada objeto, cada libra de pan deben ser inventariados, porque el socialismo es, ante todo, inventario [...] si inventariáis cada pieza de hierro y de tisú, eso es el socialismo”³¹. Lenin no pretendía

30.- Pervy Kinograf Vozhdia, *Minuvsheie*, nº 12, Moscú, 1993, p. 409.

31.- Lenin, *O.C.*, t. 35.

reducir el socialismo al inventario de una producción decreciente, pero para él era la prioridad del momento. Tres años más tarde proclamó: el socialismo son los soviets más la electrificación, de manera que haya, al menos, para empezar, dos lámparas en cada sala de lectura y en cada sede del soviet de cada pueblo. Lenin no reducía el fundamento material del socialismo a esas cuatro lámparas por pueblo, pero estaba definiendo una nueva prioridad. Multiplicó las denuncias del control reaccionario de las mentes por la religión y se negó a discutir con los ex bolcheviques que a partir de 1908 querían mezclar el socialismo y la religión, pero, en octubre de 1921 releyó, enmendó y aprobó el texto de un llamamiento –del que se publicaron 50.000 ejemplares–, a los campesinos miembros de las sectas religiosas rusas (que no tenían nada que ver con la secta Moon o la Iglesia de la Cienciología). Aquel llamamiento afirmaba: *“hay en Rusia muchas sectas, cuyos partidarios, en conformidad con sus doctrinas se esfuerzan, desde hace mucho tiempo, en llevar una existencia comunitaria, comunista, colocando en la base de esta aspiración las palabras de los Hechos de los Apóstoles: y nadie decía que lo que poseía fuera suyo en particular; lo ponían todo en común”*³². Y les invitaba a instalarse en tierras baldías, propiedades no repartidas o en los sovjos entonces moribundos.

Estos ejemplos son innumerables. Dar un valor general a estas fórmulas de agitación circunstanciales permite oponer un Lenin pragmático y flexible a un Lenin doctrinario y sectario o poner en su boca cualquier cosa y su contraria. Combatir las leyendas negras o rosas, exige distinguir estrictamente lo que son consignas inmediatas de las posiciones de fondo.

La remodelación de la imagen de Lenin desde la caída de la Unión Soviética invierte los signos de su lugar en la historia reemplazando la máscara trucada de ayer por otra. Por lo tanto, toda biografía auténtica debe proponerse rescatar de debajo de ese doble disfraz su verdadera imagen, compleja...

NB: Hasta el 1 de febrero de 1918, el calendario ruso (juliano) va atrasado respecto al calendario europeo (gregoriano) 12 días. Después de esa fecha, 13 días. Los acontecimientos que se desarrollaron en Rusia están fechados según el calendario juliano, los demás según el calendario gregoriano. En los pasos de un país a otro, se indican las dos fechas, la rusa en primer lugar. Finalmente, y salvo en la primera ocasión, el Partido Socialista Revolucionario se designa por sus iniciales SR usuales en Rusia.

32.- A. Etkind, “Russkie Sekti i Sovietski Kommunism”, *Minuvsheie*, n.º 19, pp. 310-314.